

Ya en el siglo XII, el autor de la *Guía del peregrino a Santiago de Compostela* advertía que se exigían tres jornadas muy trabajosas para atravesar las Landas girondinas. «Esta es una tierra desolada —decía—, donde se carece de todo. No hay pan, ni vino, ni carne, ni pescado, ni agua, ni fuentes. Escasos son los pueblos en estas arenosas llanuras, que, en cambio, son generosas en mijo, en miel y carne de cerdo. Si acaso atraviesas las Landas en verano, esfuérzate en proteger tu rostro contra los enormes moscones que allí pululan, y se llaman tábanos. Y si no reparas en los sitios en donde metes el pie, te hundirás rápidamente hasta las rodillas en esa arena marina que lo invade todo». Cuando el famoso negociante Simón Ruiz escribió, en abril de 1565, a su amigo y asociado de Nantes Yvon Rocaz, para ofrecerle un encuentro en Burdeos, éste le aconsejó que desistiese de su propósito, por las molestias y demoras que encontraría en este camino de las Landas¹⁶. Por su parte, el canónigo Gálvez recuerda con escasa alegría sus aventuras landesas:

Desde Bayona a Gradignan se extienden las grandes Landas, que es el más miserable país de Europa, al que la naturaleza ha privado de los socorros y ayudas para que los vivientes pasen su vida. Es toda la tierra miserabilísima y un arenal continuado, cubierto de pinares, sin gota de agua. Y los caminos, por ser arena esponjosa, no se pueden conocer y con facilidad se pierde el rumbo. Los villajes son infelices, pobres y miserables, tanto que los de Galicia son el paraíso en su comparación. Las posadas, a más de desprevenidas son caras. En una, sólo por comer al mediodía la sopa, unos huevos y bacalao, por tres principales y un criado, pidieron siete francos, que son 28 reales.¹⁷

Siendo así las cosas, nadie quedará sorprendido al comprobar que nuestros viajeros españoles celebren su llegada a Burdeos como un verdadero retorno a la civilización. Cualquiera que sea la ruta de su última etapa, ponderan con entusiasmo la belleza de los paisajes, el risueño aspecto de las mansiones, la consoladora presencia de los habitantes, metamorfoseando así, por las virtudes de la hipérbole, su travesía de algunos arrabales muy ordinarios, en una ascensión sublime hacia un ansiado paraíso.

Ya están en Burdeos nuestros españoles. Inmediatamente, desde las primeras líneas de sus relaciones de viaje, todos se declaran sobrecogidos, asombrados y pasmados por su primer contacto con la capital de Aquitania. Todos preludian con el mismo tema, continuamente glosado: «buena y hermosa es la ciudad de Burdeos...» Aquí, es necesario abrir un pequeño paréntesis. Los seis principales relatos que señalamos al empezar esta ponencia, se sitúan en un período histórico que va del año 1755 al 1845. Ahora bien, la Historia nos revela que fue precisamente en este período cuando Burdeos conoció el apogeo de su riqueza comercial y marítima, el mayor incremento de su población, y la terminación de la mayoría de los monumentos que la hacen considerar como la joya arquitectónica del siglo XVIII. Por consiguiente, es esta hermosa ciudad neoclásica, grave y majestuosa, mas al mismo tiempo fina y elegante en sus ornamentos sutiles, la que describen nuestros españoles. Cerramos el paréntesis, y damos de nuevo la palabra a las relaciones de viaje.

¹⁶ Henri Lapeyre, *Une famille de marchands, les Ruiz; Paris-Bordeaux, 1955, p. 66. Finalmente, se entrevistaron en Bayona.*

¹⁷ Itinerario geográfico, f.º 101 r. *Son tanto más amargos estos recuerdos de Gálvez, cuanto que le robaron su capa en el coche cuando se hospedó en la posta de Laharie.*

Para gozar mejor de la perspectiva general de la ciudad, los viajeros se apresuran a subir en alguna de las colinas que dominan la orilla derecha del río Garona. Allí, su mirada abarca en su totalidad la espléndida imagen de la ciudad y su campiña, blandamente tendidas a lo largo de la majestuosa media luna que dibuja el curso de su río:

La primera impresión verdaderamente grande que experimenta el viajero que visita la Francia por este lado, es producida por el magnífico aspecto que despliega a su vista la ciudad de Burdeos. Y tal es la agradable sorpresa que le ocasiona, que en vano intentaría luego verla reproducida en ninguna de las grandes ciudades de Francia, ni aún en presencia de su inmensa y populosa capital. Para gozar del cuadro interesante que ofrece al viajero la capital de la Gironda, preciso le será trasladarse a la opuesta orilla del Garona, enfrente del vastísimo anfiteatro de cerca de una legua, que siguiendo la curva descrita por el río, forman los bellos edificios de la ciudad, terminada de un lado por el extenso y elegante cuartel de Chartrons, y al opuesto por el soberbio puente y los arsenales de construcción. Colocado el espectador enfrente de aquel magnífico panorama, puede sólo desde allí juzgar de la formidable extensión de esta gran ciudad, de la magnificencia y belleza de sus edificios y del movimiento y animación de su vida mercantil. La extraordinaria anchura del Garona, el atrevido puente que presta comunicación a ambas orillas, la inmensa multitud de buques de todas naciones que estacionan en el puerto, la extensión de los hermosos diques que sirven de defensa a los edificios, las dimensiones colosales, la forma elegante y bella de éstos, los extendidos paseos, y, luego allá en el fondo, y a espaldas del espectador, enfrente de la ciudad, la campiña más hermosa y más bien cultivada que imaginarse pueda, enriquecida con miles de casas de campo y de bellísimos y antiguos châteaux: tal es el admirable conjunto que se despliega a su vista.¹⁸

Luego, el viajero alarga e intensifica su gozo, penetrando lentamente en la ciudad, por esa especie de vía triunfal constituida por la travesía del Garona, ancha de cerca de quinientos metros en este lugar, y el cruce de la soberbia Plaza Real —hoy «Place de la Bourse»—, cuyo creador, el intendente Claude Boucher, había exigido que ofreciera al visitante un testimonio inmediato del esplendor de Burdeos¹⁹. Después hace un recorrido rápido por las principales calles de la ciudad, examinando las majestuosas perspectivas que ofrecen las fachadas, y la infinidad de los adornos de las ventanas y cornisas. Se detiene muy poco en lamentar el infeliz estado de las callejuelas del casco antiguo, y los inconvenientes del fango hediondo y pegajoso, que mana por los intervalos de los adoquines, los días de lluvia. Prefiere, como Mesonero Romanos, ensalzar «la construcción de las casas particulares, que no sólo se aparta en lo general de las rutinarias y mezquinas formas seguidas por los arquitectos españoles, sino que excede en belleza y elegancia a todo lo que suele verse comúnmente en las ciudades francesas»²⁰, o como Fernández de los Ríos, apreciar «las cómodas tiendas, con portadas de madera, los zaguanes limpios, las escaleras cómodas y elegantes, a veces suntuosas, y los bonitos adornos de los balcones»²¹.

¹⁸ Mesonero Romanos, p. 277.

¹⁹ Cruz y Bahamonde, Gálvez y Ponz cruzan el río en barco, entre el pueblecito de La Bastide y la ciudad de Burdeos. El puente de piedra, que Mesonero Romanos considera, en 1840, como uno de los más hermosos de Francia, mucho mejor que cuantos se pueden contemplar en París, no fue edificado antes de 1819-1821. Tiene 17 arcos, y su longitud alcanza 486 metros. Fue el primer puente construido en Burdeos, desde los orígenes de la ciudad. El transbordo en barco, con coches y caballos, era muy costoso: el canónigo Gálvez estima su precio exorbitante, cuando lo compara con lo que se cobraba en la misma época en las barcas de Coria y de Cantillana, sobre el Guadalquivir.

²⁰ Recuerdos de viaje, p. 278.

²¹ Itinerario descriptivo, p. 25.

Entonces, nuestros viajeros emprenden la visita de los principales monumentos y lugares curiosos de Burdeos. Para economizar la paciencia del lector, dejaremos de seguir a la mayoría de ellos en sus imprescindibles estaciones en la plaza de la Comedia y la calle del Chapeau-Rouge, y en su concienzudo registro de las iglesias parroquiales. Sólo acompañaremos a unos viajeros, en su descubrimiento de algunos lugares pintorescos verdaderamente originales.

Allí está, por ejemplo, la Plaza Real, un conjunto arquitectónico edificado de 1740 a 1760, e inigualado en todo el siglo XVIII. En su ámbito se yergue el edificio de la Bolsa del Comercio, «el mejor de Francia», comenta el canónigo Gálvez, que luego añade, con una pizca de socarronería, que «lonja como la de Sevilla, no hay en la Europa»²². Antonio Ponz nos restituye aquella plaza, tal y como se presentaba en su diseño original, con la suntuosa estatua ecuestre del rey Luis XV, hoy desaparecida:

Una de las obras de mayor gusto y magnificencia que en los últimos tiempos ha engrandecido a Burdeos, es la plaza Real y sus edificios, entre ellos la Bolsa, la Aduana y otros de particulares, guardando todos uniformidad, con ornato de pilastras jónicas. En medio está la estatua ecuestre, en bronce, de Luis XV, ejecutada e inventada por el célebre Le Moyne, escultor del Rey, y grabada después por Nicolás Dupuis. Se erigió el año 1743, a costa de la ciudad, sobre un pedestal poco gentil y demasiado cargado de adornos. En dos de las caras hay bajorrelieves que representan la victoria de Fontenoy y la toma de Mahón por los franceses, en tiempo de dicho soberano. En los otros lados hay letreros. La estatua ecuestre es una gran máquina y ocupa un paraje ventajoso enfrente del Garona, que pasa por delante, y puede descubrirse bien del otro lado del río²³.

Ahora viene otro lugar muy conocido por los bordeleses: las ruinas del antiguo anfiteatro romano, por mal nombre llamada Palacio de Galiano, que son los únicos restos de la ciudad antigua. Estas ruinas, hoy muy apocadas y desgastadas, se conservaron en bastante buen estado hasta fines del siglo XVIII. Prueba de ello, la descripción que nos ofrece Nicolás de la Cruz y Bahamonde:

El anfiteatro, llamado impropriamente Palacio de Galiano, porque fue comenzado bajo de este emperador, es el monumento más respetable que tiene Burdeos entre sus antigüedades. Él hace conocer que la ciudad merecía mucha atención a los romanos cuando erigieron este edificio, que por lo común adornaba las grandes poblaciones. Su figura era ovalada. El gran diámetro interior tenía 238 pies y su pequeño diámetro 168. El primero y el segundo componían 62 pies de elevación. En suma, él contenía todas las distribuciones que se requerían para la comodidad de las diferentes clases de gentes, según el gusto romano, y para la colocación de las fieras. Conserva varios trozos de su primera y segunda arcada. Se manifiesta casi toda su circunferencia. Subsiste aún uno de los ingresos principales, en el cual se observan seis arcos en disminución: cuatro de ellos están enteros y dos rotos en sus arquivadas. La fachada de este ingreso es bella. Conserva todavía el segundo cuerpo. Después de la Revolución han comenzado a destruir los restos de este anfiteatro y a labrar casas en su interior. Breve, desaparecerá de la vista de los burdeleses. Cuando están de acuerdo el furor y la ignorancia no se respeta lo más sagrado. Vendrá tiempo en que los sabios de este país sentirán la pérdida de unas memorias que tanto honraban su patria.²⁴

²² Itinerario geográfico, f.º 102 v.

²³ Viaje fuera de España, p. 1.692. *La estatua de Luis XV desapareció, arrebatada por las tormentas revolucionarias de fines del siglo XVIII.*

²⁴ Viaje por España, Francia, pp. 338-339.